

CAPÍTULO 23. CARTA N°23.

No me cuesta conceder, amiga queridísima, que no es razonable hablar tanto tiempo de la exhibición, y también admito que he ampliado inconvenientemente el campo semántico de esta palabra. La explicación reside en el hecho de que, en la actualidad, me ocupo con un par de enfermos que gozan de estas inclinaciones con verdadero virtuosismo. Yo había abrigado la esperanza de que usted, en aras del contenido, pasaría por alto la forma.

Así, pues, lo que hoy quiero es presentar simplemente algunas observaciones mutuamente relacionadas, en lugar de tratar de forzar dentro de un sistema lo que es por naturaleza asistemático. Las consecuencias puede sacarlas usted misma.

Preste usted atención durante un par de días a la boca de Helene Karsten. Puede aprender ahí mucho.

Como usted sabe, esa boca es conocida como especialmente pequeña. Parece como si hasta una moneda de un marco tuviese dificultad para entrar por ella. Pero pronuncie usted la palabra caballo delante de ella y su boca se dilatará como la boca de un caballo y sus mandíbulas harán una mueca como la de un caballo cuando relincha. ¿Por qué? Detrás de la casa paterna de Helene había un campo de ejercicios de un regimiento de dragones. Y con los caballos de los dragones hizo ella su estudio acerca del hombre y la mujer, y sobre un caballo de estos la subió un día, siendo aun una muchacha, un oficial, y sintió las primeras sensaciones de placer venéreo. Imagínese usted a una muchacha de cinco años que está junto a un caballo capón y luego ve la barriga del animal con una cosa que le cuelga y que, de repente, adquiere una longitud doble de la que tenía y arroja un poderosos chorro de orina de su vientre. En realidad, una escena sobrecogedora para un niño.

El pueblo cuenta que según tengan de grande las mujeres la boca, así de grande ha de ser también la entrada de la vagina. Tal vez el pueblo tiene razón, pues no se puede negar un paralelismo entre la boca y el orificio vaginal. La configuración de la boca responde a la excitación sexual, y si no lo hace, el juego de sus músculos delata la represión. Y el hecho de bostezar no habla solamente de que uno está cansado, sino también de que el que bosteza es en ese momento una mujer concupiscente, lo mismo que el que duerme con la boca abierta.

Observe usted a las personas. Leerá en su rostro, en la forma de su cabeza, en sus manos, en la manera de su andar, veinte mil historias. Ahí hay uno con ojos saltones; esté usted segura, desde lejos quiere ya mostrarle su curiosidad y, a la vez, el susto por haber descubierto cosas de verdadero pasmo. Aquellos ojos hundidos se replegaron sobre si mismos cuando el odio a los hombres se hizo mayor; no quieren ver, y menos ser vistos. Las lágrimas que se lloran no están únicamente consagradas al luto y al dolor; imitan a la perla que descansa allá en lo profundo de la concha, en la madreperla de la mujer, y toda lágrima está preñada de simbólico placer. Siempre, sin excepción. Lo saben todos los poetas; desde milenios, lo saben y lo cuentan sin ser conscientes de ello. Sólo aquellos que deberían saberlo no lo saben. Eros tiene el ojo a su servicio, ha de ofrecer imágenes que le gustan. Y cuando estas son demasiadas, las borra; deja que el ojo mane y se arrase de agua, pues la tensión interior fue demasiado grande como para resolverla por el camino de las secreciones genitales, bien debido a que el procedimiento de la infancia, consistente en eliminar la excitación por la orina, está bloqueado, o a que, puesto de mal humor por la moralidad, quiere castigar simbólicamente al hombre por el hecho de avergonzarse de su erotismo. Eros es un dios fuerte y celoso, que sabe castigar con sarcasmo y crueldad. “Tu llamas sucio -dice el dios con seño fruncido y severo- al mayor acto de que es capaz el hombre, a la unión entre hombre y mujer y a la creación de un nuevo ser, cosas que yo asocié a un humedecimiento muy particular que tiene lugar entre las piernas. Así, pues, tendrás lo que quieres. Tendrás membranas mucosas en el intestino y en otras partes; tu eyaculación será diarrea, esputo,

constipado, sudor de pies o de las axilas y, sobre todo, orina”.

Comprendo que a usted le resulte todo esto muy extraño. Pero ¿quien me prohíbe utilizar mi fantasía de la manera que yo quiera? ¿Quien me prohíbe llamar hoy Eros a lo que ayer llamaba Ello? ¿Concebir a este ello como a un dios vengador, aun cuando no hace mucho lo pintaba compasivo, tierno y delicado; concederle un poder que aquí empuja y allá retiene y siempre de nuevo parece entrar en contradicción consigo mismo? Con ello no hago otra cosa que lo que vienen haciendo los hombres desde siempre. Además, me parece ser muy útil para nuestro ordenado pensar de superficie el revolver de vez en cuando alguna vez las cosas. Hay que revolucionarlo todo, lo cual es un objetivo imbécil, pero una observación correcta.

¿Puedo seguir utilizando mi fantasía? Hablaba hace un momento de la asimilación de la boca al orificio sexual. Así, también la nariz puede ser para un Ello caprichoso, cuya perfección de poder es ilimitada, el miembro masculino, y, consecuentemente, hacer que crezca grande o pequeña, chata o afilada, procurando también a veces que salga torcida, según que quiera dar a conocer esta o aquella inclinación. Y ahora saque usted sus consecuencias de la aparición de hemorragias nasales, muy frecuentes a determinada edad; de los pelos que salen en los orificios de la nariz, de los pólipos y del olor a escrófula. Las orejas, por su parte, nos recuerdan una concha, y las conchas, ya lo dije, son un símbolo de la feminidad. La oreja es un órgano receptor, y su configuración no deja de ser interesante para observadores capaces de soñar.

Pero usted no se vaya a figurar que lo que yo pretendo es hacer declaraciones. La vida es demasiado compleja como para conocerla, demasiado escurridiza como para captarla. Tal vez lo único que pretendo es burlarme de la lógica. Tal vez hay algo más detrás de todo eso.

¿Ha observado usted lo difícil que resulta muchas veces el convencer a los niños para que se dejen mirar la boca? El niño piensa aun ingenuamente: considera a la boca como la puerta del alma y cree que el médico -un mago a ojos de locos pequeños y mayores- podrá descubrirle allí todos los secretos. Y, en efecto, en la garganta hay algo que ningún niño descubre con gusto, lo que el sabe del hombre y la mujer. Allá en el fondo hay dos arcos -¿o son las amígdalas?- que limitan una abertura que conduce a lo profundo, y en el medio tiembla, se acorta y se alarga una formación que es colorada, una especie de rabito. “El hombre de las gafas, el medico, sabe, al ver esto, que yo escuchaba con el oído aguzado mientras mis padres me creían dormido, y, con abertura y tapón, jugaban juegos que no me es permitido saber. Y, quien sabe, acaso también esta allí escrito lo que yo mismo hacía sin que nadie se enterase de ello”. Las amigdalitis de los niños son muy instructivas; usted apenas puede imaginarse lo que uno es capaz de sacar de ahí.

¡Y no olvidemos el sarampión y la escarlatina! “Estoy ardiendo -dice la fiebre-, y me avergüenzo tanto... Mira, estoy rojo por todo el cuerpo”. Usted no necesita creerlo, naturalmente, pero, ¿de donde viene que, de tres niños, dos de ellos cogen el sarampión y uno sigue sano? A veces una explicación fantástica es mejor que no tener ninguna. Y, por otra parte, no me parece tan tonta. Basta con que usted piense que la época de las pasiones no es propiamente la juventud, sino la infancia. El rubor, sin embargo, en la equivocidad que le ha prestado el Ello, cubre la cara con un velo para que no se vea lo que pasa detrás, para que se vea como crece el fuego de la sensualidad, para que se sepa que el Ello, educado de una manera moralista, hace subir a la sangre que esta en ebullición en el vientre, en las partes sexuales, en el infierno y con el diablo, a la cabeza, para así llenar aun mas de tinieblas el cerebro.

Ahora podría todavía hablar largo y tendido sobre pulmonías y cáncer, sobre cálculos en la bilis y hemorragias en el riñón, pero de esto podemos ocuparnos después. Hoy todavía una sola palabra sobre la tendencia exhibicionista y su poder. Hace un siglo no existían aun los ginecólogos, y hoy se puede encontrar en cada ciudad de mala muerte y en cada esquina de las grandes ciudades a un especialista. Esto se debe a que la mujer jamás ha tenido ocasión de mostrarse fuera del matrimonio, a que la enfermedad todo lo disculpa, y a que la enfermedad venga todos los deseos punibles, sean inconscientes, semiconscientes o conscientes, y así protege de la condenación eterna.

Hay una forma de exhibicionismo que tiene importancia histórica en el origen de nuestra correspondencia, y esta es la histeria, sobre todo el ataque de histeria. Ya cite una vez el nombre de Freud y quisiera repetir lo que en aquel entonces dije: Todo lo que, en esta mezcla de cartas, es correcto, ha de atribuírsele a él. Ahora bien, Freud hizo hace algunos decenios las primeras observaciones fundamentales sobre el Ello en una

histórica. No sé cómo piensa en la actualidad sobre este fenómeno; no me apoyo, por consiguiente, en él al afirmar que el Ello del histérico es mucho más astuto que el de todas las demás personas. De vez en cuando a este Ello le entran ganas de presentar los secretos del Eros ante todo el mundo y de manera abierta. Y para escapar sin estorbos en estas representaciones -frente a las cuales los bailes desnudos se quedan pequeños- a las autoacusaciones y al escándalo del mundo circundante, inventa el Ello la pérdida del estado consciente y viste simbólicamente los procesos eróticos con el vestido del espasmo, con movimientos que llegan a producir terror, contorsionando tronco, cabeza y extremidades. Acontece más o menos como en los sueños, solo que, en este caso, el Ello se encarga de invitar a un público venerable a presenciar sus espasmos, del cual se ríe bravamente.

Ahora me acerco otra vez a lo que dije acerca de las teorías sobre la cópula y la concepción tal como las tienen los niños, tal como las tuvo usted y tal como yo las tuve. Pero antes tengo que hacerle aun una pregunta. ¿Cuándo cree usted más o menos que ha empezado a distinguir la diferenciación de los sexos? Pero, por favor, no responda usted: “Con ocho años; entonces nació mi hermano”. Pues estoy convencido de que usted, a los cinco años, era muy capaz de distinguir una muchacha desnuda de un muchacho desnudo, y con tres años también, y quizá incluso antes. Y finalmente va a resultar que usted sabe tanto como yo de ello, es más, que nadie sabe nada de ello. Conozco un niño pequeño de dos años y medio llamado Stacho. Estaba una vez mirando cómo la madre lavaba a su hermanita, recién nacida, y entonces, apuntando entre las piernas de la niña, dijo las palabras: “Stacho tiene”, y le dio la espalda a su hermana. Así, pues, no sabemos nada acerca del momento en que el niño llega a tener conocimiento de la diferenciación de los sexos, pero hasta las madres saben que ya antes de los cuatro años los niños tienen un interés muy vivo por constatar esas diferencias, buscarle las causas y preguntar por esas cosas. Todo esto es, para mí, una prueba irrefutable de que su interés por estos asuntos es muy vivo. Ya le conté a usted anteriormente que el niño, bajo la presión asociativa del complejo de castración, supone que todas las personas están dotadas de una especie de rabo, que todas son de sexo masculino, y que a las que llamamos mujer y muchacha no son sino hombres castrados, personas capadas con el fin de tener hijos y como castigo por la masturbación. Esta idea, que no es tan tonta como parece, pero que, en sus consecuencias, es de una importancia incalculable; pues en ella se basa el complejo de superioridad del hombre y el de inferioridad de la mujer; pues, por eso, la mujer yace debajo, mientras que el hombre yace arriba; por eso la mujer tiende hacia arriba, hacia el cielo, hacia la religión, mientras que el hombre tiende hacia adelante, hacia la filosofía, hacia lo profundo. Esta idea, además, concuerda en buena parte, dentro de la manera tan confusa y, sin embargo, tan lógica de pensar las cosas que tiene el niño, con serias investigaciones realizadas en el aparato sexual masculino. Con un sentido innato de la economía se piensa -usted y todo el mundo lo ha hecho- cómo podrían aprovecharse esas partes cortadas. El aprovechamiento del rabito mismo permanece en principio enigmático. Por el contrario, en el saquito hay dos cosas que tienen una decidida semejanza con los huevos. Pero los huevos se comen. Así, pues, los huevos que se le cortan a los hombres condenados a ser mujeres se utilizan para comer. Ante un final tal, titubean hasta los niños, que, por lo general, no son dados a mostrar compasión alguna ante el dolor ajeno. Encuentran sin sentido el hecho de que, sólo para comerlos, se le corte a los hombres los genitales, siendo así que, por otra parte, las gallinas ponen suficientes huevos. Por eso se busca otra razón para hacer comprensible el cortar y comer en este terreno. Y aquí viene en ayuda del niño una experiencia que él hace muy pronto: de los huevos nacen polluelos, hijitos de la gallina, y estos huevos le salen a la gallina por atrás, del culito, y del culo de las mujeres, de esto ya no hay duda, salen los niños. Ahora la cosa se aclara. Los huevos cortados son comidos no porque tengan buen gusto, sino porque de ellos salen los niños. Y lentamente se va cerrando el círculo de sus pensamientos, y de entre la nebulosa oscuridad del pensar surge amenazadoramente un hombre: el padre. El padre le corta a la madre sus genitales y se los da para que los coma. Y así se forman los niños. De aquí las luchas que, por la noche, hacen jadear a padre y madre y chirriar la cama, de aquí sus suspiros y la sangre en el orinal. El padre es terrible, un cruel, un castigador. ¿Pero que castiga? El frotarse y jugar. ¿Pero jugará también la madre? El pensamiento no se puede pensar hasta el final. Pero tampoco hace falta. Pues en su lugar entra ahora la experiencia. La madre acaricia cada día los pequeños huevitos del niño, juega con su rabito. “La madre conoce estas cosas. El padre lo sabe y la castiga. Y a mí también me va a castigar, pues yo también juego. ¡Pues que me castigue, yo quiero tener

hijos! Voy a jugar, entonces el me castigará y yo tendré hijos. Gracias a Dios, ya tengo un pretexto para jugar. Pero ¿con qué voy a jugar si el padre me corta el pito? Lo mejor es que lo haga ocultamente. Sin duda que es lo mejor”.

Así se relevan el deseo y el miedo, y el niño poco a poco se convierte en hombre, oscilando entre inclinaciones y moral, entre concupiscencia y miedo.

Adiós, querida.

Suyo,

PATRIK TROLL.

Volver News-1 ALSF

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org .